

PRÓLOGO al libro REGÁLAME: PLEGARIAS Y HOMENAJES de Luisa Cruz Picallo.

Para que podamos reconocer en la poesía la joya más preciosa de las culturas, de entre todas sus manifestaciones y expresiones, tenemos que pensar que en realidad ésta, como denominador común de la dinámica y variopinta multitud de las culturas de cada lugar y de cada tiempo, no puede nunca confundirse ni con las imágenes estáticas y reductivas tomadas de sus expresiones, ni menos aún con lo que la sociedad de la información pretende cosificar a través de las agendas mediáticas.

La poesía se convierte en la más sencilla y selecta manifestación cultural precisamente porque la cultura es algo bien distinto, aquello que nos distingue del resto de las creaturas, esa amalgama de experiencias, pensamientos, y sentimientos, a la vez heredados y en cada tiempo profundamente recreados, de generación en generación, a partir del legado de experiencias, pensamientos, y sentimientos de quienes nos precedieron. En una ocasión a Ortega y Gasset le pidieron, al terminar una conferencia, que diera una definición de cultura. Y el gran filósofo *raciovitalista* español contestó que la cultura es la tabla de salvación del hombre cuando el barco de su vida, zarandeado por el viento y la tempestad, naufraga; cuando las seguridades vitales, que tantas veces olvidamos precisamente por no se efímeras, se tambalean.

Esa tabla de salvación, despojo del almacén de lo que antes era una estructura estable y segura, es la cultura. Y ella nos salva porque sólo en ella encontramos fuerza en medio de la debilidad, certidumbre en medio de la confusión, y esperanza en medio del infortunio. Algunos preguntarán: ¿Pero esa tabla de salvación no es la fe? Claro que lo es, claro que es la fe, pero sólo la fe hecha cultura, pues una fe sin cultura es una fe desencarnada, deshumanizada, a la postre una ideología. Pero una fe hecha cultura resiste, como una llama imperceptible pero eficaz, incluso en aquellos que creen haberla perdido, pero que se aferran a la cultura. Y es que, si no hay cultura sin ciencia, tampoco hay cultura sin creencia.

De este modo la poesía verdadera es cultura en estado puro, cultura viva, tabla de salvación a la que abrazarse dramáticamente, y a la vez apoyarse sosegadamente, en medio del mar de la vida, de sus vientos y de sus olas. Y si esto es la verdadera poesía, ciertamente con este poemario en nuestras manos, estamos ante una poesía verdadera, porque cada uno de estos poemas de Luisa Cruz y cada una de las ilustraciones de Pachy de Arenaza que los acompañan, se convierten en tabla de salvación, tesoros vivos de una cultura llena de fe, y de una fe hecha cultura, de una poesía llena de fe, y de una fe hecha poesía. Por eso, aunque pueda parecer un lugar común a la hora de hablar de un autor literario, creo que, en el caso de Luisa Cruz, en todos sus libros, pero de modo extraordinario en este último, se hace necesario recordar esta frase de Cervantes, porque en ella se cumple con inusitada claridad: “lo que se sabe sentir se sabe decir”.

“Regálame”, además, no es un libro de poemas al uso. Por varias razones. La primera razón es que perdería el tiempo el lector que quiera en estos poemas encontrar una poesía estilista, que, aunque vuelva a ponerse de moda y se presente con pose vanguardista, resulta anacrónica, sin huella no ya del “existencialismo” de una

modernidad aún balbuciente, sino ni siquiera de aquel romanticismo de antaño que revolucionó la poesía. Se sorprenderá, en cambio, al descubrir vitalidad a borbotones, desasosiego y esperanza perceptibles al mismo tiempo, no ya en cada poema, sino en cada verso, que desconciertan hasta el punto de no saber si estamos ante una perfecta armonía entre ambos, o ante una irremediable contradicción caótica, pero nunca ante un medido, controlado y premeditado equilibrio.

La segunda razón es que la división en dos del poemario que contiene, expresada en el mismo título del libro, constituye una paradoja extraordinaria: las plegarias se convierten en homenajes, y los homenajes en plegarias, seguramente por aquello de que nada humano es ajeno a la mirada cristiana, o como decía el teólogo Henri De Lubac, no conoce la historia otro humanismo que el humanismo cristiano. Y estos poemas arrojan, todos ellos, humanidad a raudales y Evangelio a borbotones, como si fueran un botón de muestra de aquella profecía del filósofo Xabier Zubiri de que la historia de la humanidad es cristianismo en tanteo.

Por un lado, las miradas, entre la ternura, la nostalgia, el asombro y la gratitud a las personas a las que la autora contempla, que nos elevan a lo más transcendente, vislumbrando una especie de mística del drama humano dibujado con rostros concretos. Algunos lectores, como el que suscribe, estaríamos en condición, si no fuera por nuestra torpeza, de elevar aún más esa mirada contemplativa al conocer o haber conocido a algunas de las personas sobre cuyos rostros y cuyas vidas se asoman estos poemas.

Por otro lado, están los poemas que recogen, en feliz fórmula tripartita del Papa Francisco, las ideas, los sentimientos y las imágenes. O como dirían los clásicos, que hablan de la naturaleza y de la historia, de los paisajes y de las historias que, sin necesidad de mencionarlas, van desde la Palencia natal de la autora, a la centroamericana y convulsa nación de El Salvador, donde fue embajadora. Cada una de estas miradas tiene valor en sí misma, ya despierten en nosotros la imaginación o el recuerdo. Y cada una de ellas, como ocurre también con las miradas personales, se transforma en poesía encantadora y evocadora, brumosa y lúcida, serena y arrebatadora, que nos habla de todos y cada uno de los resortes del alma humano, de la justicia y la desigualdad, del amor y del perdón, del dolor y de la oración.

Como invita el poema que da título a todo el poemario, “Regálame”, hemos nacido para ser regalados y para regalar, pues somos hijos de la gracia. Porque la vida, con sus afanes y sus anhelos, con sus iniquidades y sus bienaventuranzas, con sus recuerdos y sus olvidos, con sus contradicciones y ese hilo de oro que otorga sabiduría al declinar de los años, es siempre un regalo. Y Luisa Cruz, en estas páginas, no sólo nos lo recuerda, no sólo nos ayuda a reconocerlo, sino que nos permite gozar de ello, sin estridencias ni falsas y pasajeras alegrías vacuas, sino desde esa serena certeza de que la vida esconde siempre raudales de verdad, de bondad y de belleza, y de que todos, como decía la Sierva de Dios Chiara Lubich, podríamos cambiar nuestro nombre por el de “Gracias”.

Manuel María Bru Alonso. Sacerdote y periodista